

3canos

3canos

PALACIO DE MONTEMUZO
7 octubre – 23 noviembre 2003



Hablar de José Luis Cano en Zaragoza, y aun en todo Aragón, es hablar de pintura, docencia, diseño gráfico, literatura, periodismo, humor, ilustración, didáctica, ironía e inteligencia, sobre todo inteligencia a raudales.

Pero hablar de 3 Canos es introducirnos inevitablemente en el mundo de las sagas familiares y más concretamente de una que, en este caso y quizá por ineluctables avatares del destino, ha proliferado y fructifica en el siempre inesperado y acaso imprevisible medio artístico.

Las tres generaciones de Canos a las que se dedica esta exposición, que en realidad es un homenaje del hijo y el nieto al padre y al abuelo, están representadas por tres personas y tres artistas muy diferentes, que sin embargo tienen en común el mismo o parecido espíritu emprendedor y sumamente inquieto, similar inclinación por la belleza o sus aproximaciones, coincidente y acendrado amor por su trabajo.

No es tan frecuente como puede parecer que tres generaciones consecutivas de una familia se dediquen a la misma actividad profesional, y menos todavía en el difícil e incierto mundo de las manifestaciones artísticas, pero quizá todavía sea menos frecuente que tal perseverancia llegue a ser objeto de celebración pública.

Esas particularidades distinguen esta singular exposición, que además de ser un canto al amor familiar –por más que la modestia y el pudor lo disfracen de motivaciones artísticas– y al respeto y el reconocimiento exigente al trabajo y la creatividad de los otros, es también una excelente muestra de tres modos –al menos– de entender el arte, es decir, la vida.

Nos complace mucho poder presentar esta exposición en una sala del Ayuntamiento de Zaragoza, porque los 3 Canos –aunque el primero no pueda ya acompañarnos físicamente– han formado y forman parte irrenunciable de la historia cultural y artística de nuestra ciudad y, al parecer, tienen intención de seguir en ello.

Ese es también nuestro deseo, que seguro será compartido por cuantos visiten y admiren esta excepcional exposición con la que los zaragozanos van a poder homenajear a tres conciudadanos igualmente excepcionales.

Juan Alberto Belloch Julbe
Alcalde de Zaragoza

Que podamos calificar como artistas, plásticos o visuales en el caso de los 3 Canos que nos ocupan, a tres miembros de una misma familia pertenecientes a otras tantas generaciones sucesivas, no significa ni mucho menos que sean respectivamente herederos o continuadores de una o varias trayectorias comunes, sino que cada uno de ellos (incluso coincidiendo en el tiempo) ha desarrollado inclinaciones similares, a veces divergentes, podemos suponer que por afinidad, mimetismo o contagio.

Pero no deja de ser una suposición perfectamente discutible y hasta innecesaria, puesto que los tres protagonistas de esta exposición (y de sus respectivas historias, que son cosa distinta y no caben aquí) se bastan individualmente y por si mismos para dar cuenta, si acaso hiciese falta, de sus ejecutorias personales en el frágil y extenso territorio comanche de las artes.

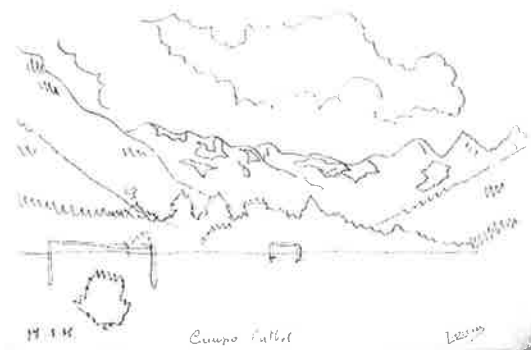
Lo que no impide en absoluto, sino que refuerza, la intención que suponemos a esta muestra, especie de recapitulación familiar –también respecto al resto de los miembros no consanguíneos de la ilimitada prole artística– y sutil homenaje a todos los muy diversos e inacabados modos de entender y vivir y compartir la experiencia y el riesgo –mortal a fin de cuentas– de la vocación o la fatalidad del arte.

Los 3 Canos, que aquí se reconocen y asumen como tales, pueden ser un ejemplo (en realidad son tres) de cómo todo fluye y todo se transforma y todo permanece a lo largo del tiempo, aunque para que así suceda resulte imprescindible, en arte como en todo, el cambio permanente y la diversidad sin paliativos.

Y precisamente esa diversidad de conceptos y sensibilidades y procedimientos y medios técnicos aportados y utilizados por cada uno de los 3 Canos –a pesar de que comparten, y con mucho propósito, los mismos referentes– es quizá el primer atractivo y el principal valor de la muestra, en la que efectivamente los 3 Canos se muestran –el primero ya sólo a través de sus obras– tal cual fueron o son o están queriendo ser.

Quizá para que todos los que amamos el arte y sus bifurcaciones sin medida ni límites podamos comprender que, tomados en triada o sólo de uno en uno, son en definitiva de los nuestros.

Rosa Borraz Pallarés
Teniente de Alcalde del Área de Cultura y Turismo



Cuando conocí a José Luis Cano Rodríguez, llevaba bigote y enseguida me presentó a José Luis Cano Peñarroya, su padre, que también llevaba bigote. Los dos eran artistas y hacía poco que compartían estudio y docencia en la calle Estébanes. Era el estudio de Los Cano. Por aquel entonces, Pablo Cano Lahoz ni siquiera era un proyecto pero, mira por donde, cuando realizó su primera exposición individual en el año 2000, casi treinta años después, también llevaba bigote. El de su padre y el de su abuelo eran bigotes normales, el de Pablo me pareció moderno y elegante.

Por supuesto que este comienzo no esconde ninguna argumentación, simplemente sucede que cuando hace unas semanas abandoné el estudio, también compartido, de Cano hijo y Cano nieto y paseaba por la calle África, junto al Canal, desaparecieron de mi cabeza las acuarelas, los vídeos y los dibujos que acababa de ver –o quizás, no– y como en una película muda, pero sin sonido de piano, me aparecieron a la vez las sonrisas con parachoques de los tres. Yo no pude evitarlo, sonreí con complicidad mientras la memoria me llevaba a La Fresneda, precioso pueblo de Teruel donde en septiembre de 2000 se inauguró la primera exposición de los 3 CANOS y recordé cómo José Luis Cano Peñarroya, con su fino humor, acusaba a su hijo de ser el culpable del evento. Él nunca vio necesario hacer exposiciones, siempre prefirió enseñar su trabajo cara a cara en el estudio; de hecho su única muestra individual tuvo lugar quince días antes que ésta, en Peñarroya de Tastavíns. Pero en La Fresneda se le veía contento junto a su familia y sus amigos, rodeado de sus acuarelas y de los trabajos, que siempre miró esbozando una ligera mueca, de su hijo y su nieto. Tuve la suerte de estar allí y esa es la última vez que lo vi antes de que nos abandonara.

Es un buen recuerdo.

Pero también nos quedan las acuarelas que tenemos la oportunidad de ver aquí, en compañía del homenaje que Cano Rodríguez y Cano Lahoz realizan a su obra.

Que el trabajo de los tres es completamente diferente, salta a la vista en esta exposición, pero hay un hilo conductor que los delata, al margen de la genética o a pesar de ella.

Cano Peñarroya era excursionista de los de andar, no de los de coche, que son turistas –por cierto, que los tres Canos son alérgicos a los vehículos de motor–. Le encantaban las largas caminatas a cielo abierto y, en especial, el Pirineo Aragonés. La primera de las dos series que vemos está fechada en los años cincuenta y son acuarelas sueltas y frescas, trabajadas frente al paisaje cuando todavía pensaba que la naturaleza se mantendría intacta por mucho tiempo; no había prisa y se podía disfrutar de ella. Junto a ellas, la otra serie, la de fechas más cercanas, es un ejercicio de memoria con un minucioso trabajo de taller que casi podríamos etiquetar de hiperrealista, si no fuera porque a ese estilo no le va lo rural y a él le hubiera parecido una tontería. Las tituló “Acuarelas Testimoniales”, como un deber de documentalista del progreso, frente al temor de que los tiempos modernos acabasen con lo que tenía delante. Ante lo inevitable, una sonrisa.

Cano Rodríguez, desde pequeño, tuvo la misma afición que su padre y se hizo “niño explorador” y caminaba rápido mirando a la naturaleza salvaje de frente y, qué cosa, por un tiempo se hizo remero y vio el mundo en dirección contraria a la marcha. Lo dejó pronto, pero seguro que le afectó en su manera de ver las cosas. Con el tiempo se ha convertido en un explorador del urbanismo salvaje y persigue con mirada de asombro su mancha de aceite. Hasta hace un tiempo –ahora lo deja por imposible– intentaba preservar territorios haciendo plantaciones de peces de cartón por los montes de Cuarte. Pensaba, como Miguel Gila, que a Jack el Destripador se le podía detener con indirectas.

Si Cano Peñarroya temía por la pronta desaparición de los motivos que pintaba, Cano Rodríguez hace una labor de restauración perversa. Sobre pinturas inacabadas de su padre, de territorios ya prácticamente desaparecidos, que le han dado la razón demasiado deprisa, recorta, pega, yuxtapone, sobreimpresiona ideas y conceptos en un intento de que ese paisaje que se desmorona vuelva a tener cierta armonía en su nueva disposición y si no puede ser así, por lo menos, que no

haga mucho ruido al caer. Porque el ruido, a los Cano, siempre les ha sacado de sus casillas. Todo ello, con su elegante saber hacer, tan elegante y sutil como aquel rock and roll de los cincuenta titulado: “Deja que te estrelle la cabeza en mi pared”, en sentido figurado, por supuesto.

Denis Hopper, que hacía de malo, perseguía a la buena, que interpretaba a la artista multimedia Jenny Holzer. El encargo era matarla y, cuando la encuentra en medio del desierto de Nuevo Méjico, la reta a que le demuestre que es artista en ese territorio sin electricidad. No la mata y se enamora de ella. A Pablo Cano Lahoz le sucede lo mismo, necesita interruptores para trabajar, pero en la cabeza dispone de unas buenas pilas autorrecargables.

Igual que los otros Canos, es explorador pero a su manera. En tiempos almacenaba en casa abundantes colecciones de coleópteros y recuerdo una ocasión en la que su padre se ofreció, amablemente, a acompañarle a buscar un «*Lucanus Cervus*» a un perdido rincón de la frontera con Portugal. Ahora se marcha a Rotterdam para grabar el canto de un ruiseñor, que le interesa más que el que había conseguido en Bermeo, para una composición musical que posiblemente podamos escuchar formando parte de una de las obras que presenta en esta exposición. Su devoción por músicos como Peter Brötzmann o Misha Mengelberg, su interés por la física y la química, su particular visión del paisaje, por ejemplo, cuando viaja en tren “de Aquí a Tudela” detrás de la cámara, le permiten, con la ayuda de las nuevas tecnologías, volver a diluir en el agua las acuarelas que pintó Cano Peñarroya. Aunque no sabría precisar si pretende convertirse en una depuradora o en un vertido ilegal.

Resumiendo. Tienen ustedes en el paisaje tres miradas distintas, pero las tres son de grandes horizontes, despiertas y con mucha capacidad de asombro. Tres miradas limpias pero no inocentes. Tres caracteres con sus espacios, como se escribe ahora, y, además, tres sonrisas con parachoques blandos. Disfruten.

Ahora Cano Rodríguez lleva barba y Cano Lahoz perilla.



Es octubre de 1988 y, como cada mañana, acudo al número 14 de la calle Estébanes en Zaragoza, atravieso el amplio patio, lóbrego, húmedo y con un peculiar olor a cuero del artesano que todavía trabaja allí y por unas anchas y usadas escaleras asciendo al piso donde tiene el estudio el profesor José Luis Cano Peñarroya. Llamo a la puerta y sale a abrir, como casi siempre, doña Carmen, esposa del maestro, una mujer fuerte y serena, correcta, seria y amable. Me parecía una de esas grandes mujeres que siempre hay detrás de un hombre admirable.

De las paredes del estudio cuelgan cuadros al óleo y gran cantidad de carteles ganadores de las Fiestas del Pilar, todo ello de su hijo José Luis. Viejas esculturas ya grises por los años asoman por encima de armarios y estanterías. En la sala contigua y sentado en el extremo de una mesa de grandes dimensiones, ejerciendo de anfitrión, encontrábamos cada mañana al profesor.

Durante el tiempo que preparábamos el ingreso a Bellas Artes, pasamos más tiempo con el Señor Cano, como así le llamábamos todos, que con nuestra propia familia. Solíamos estar unas siete horas diarias incluidos sábados por la mañana, dibujando, pintando y aprendiendo. A todas esas horas había que descontar pequeñas escapadas que generalmente eran utilizadas para ir al cine, pero que no le pasaban desapercibidas e iban premiadas con una cariñosa reprimenda. Supongo que una persona como él, defensora a ultranza de la disciplina laboral, no concebía que perdiésemos el tiempo de nuestra preparación, y supongo también que se sentía responsable del resultado de nuestro examen de ingreso.

En aquella época el Señor Cano era ya mayor. Una persona afable, disciplinada al máximo, amante del orden, pulcro, con un extraordinario sentido del humor, irónico, socarrón y hasta burlesco, como un Groucho de blanco bigote. Gran conversador, amante de las tertulias y las anécdotas, siempre de buen humor, incluso en los pequeños ratos de indignación escueta. Exigente pero también paciente, muy trabajador y de nobles principios. A pesar de su avanzada edad, seguía trabajando en sus acuarelas. Algo que nos producía curiosidad entonces, era cuántos miles de éstas habría pintado en su

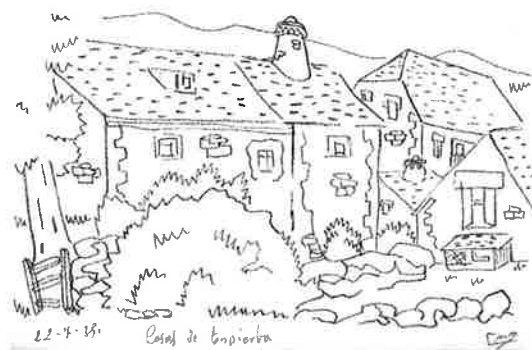
vida. Acuarelas de los Pirineos, campos, árboles, pueblos, animales y algún que otro lugareño que animaba el paisaje. Acuarelas sutiles, resultado quizá de su gran amor por el arte japonés. Esta gran cantidad de producción artística en su vida, no le impedía seguir jugando con la mancha y el color, seguir ilusionándose con algunos resultados que mostraba a sus alumnos, seguir admirándose y sorprendiéndose con el azar. Día a día pintaba en el extremo de la mesa, exigiéndose y exigiéndonos una buena calidad en el color y en las gamas que con éste se conseguían. Una enseñanza clásica, casi académica. Su vocación hacia la enseñanza no era en absoluto una vocación económica. Era parte de su necesidad vital y sin duda aprendía también con nosotros.

En su estudio compartíamos conversación y un trozo de vida gentes muy distintas, de diferentes edades y oficios, el pintor, la vendedora de lotería, el trabajador de Hacienda, la enfermera, los niños, la acuarelista profesional, el ama de casa aficionada y los estudiantes con la ilusión de convertirse en pintores. Allí, los que queríamos aprender ese “oficio”, entendimos que pintar, además de ser una pasión, era un trabajo diario que requería una disciplina. Alcanzar algún fruto en el futuro sólo se debería al resultado de nuestro trabajo. Aprendíamos a dibujar, pintar, sobre todo a la acuarela, y a inventar a partir de unos folios que el Señor Cano nos repartía con apenas una línea y con la intención de que nos sugiriese una idea, un dibujo, un tema...; pero sobre todo aprendimos a amar el paisaje y sus gentes, los animales, las tradiciones, la tierra y los dichos populares. Una vez hablaba el hombre, otras el explorador, otras muchas el pintor, algunas el decorador de espacios para ferias, en ocasiones el aragonés, a veces el padre y otras muchas veces el abuelo fatigado.

Estudiábamos el natural con dedicación. Esculturas clásicas que debíamos reproducir en un gran papel de la manera más fiel al natural, a golpe de plomada (instrumento que me dio a conocer el Señor Cano) y carboncillo. Inmersos en nuestros dibujos, esperábamos la visita del profesor, un momento que aunque deseado era algo perturbador pues, tomando prestada una expresión de John Berger, era como cuando el rey visita una mina de carbón. Queríamos ser atrevidos en nuestros dibujos, pero el atrevimiento era un deseo de impresionar que, a su vez, es el resultado de un miedo a hacer el ridículo.

En ocasiones nos paralizábamos en el proceso de realización del dibujo y llamando su atención, el Señor Cano se levantaba acudiendo hacia el dibujo, andando renqueante, con los brazos doblados y las manos encogidas a la altura del pecho, respirando fatigado pero con su peculiar sonrisa, descubriéndonos cual era el problema desde su raíz, con la sabiduría de su experiencia. La tarea de aprender a dibujar unos días era una tortura y otros muchos, una gratificación y una alegría, sobre todo si el dibujo conseguía arrancarle un elogio y entonces acababas la jornada contento, como si hubieras realizado una pequeñísima hazaña.

¡Qué diferente sería luego en Bellas Artes! Allí, la plomada era un instrumento inservible, casi ridículo. No existía esa “familia” que habíamos formado en el taller del maestro, la competencia era manifiesta y no importaba siquiera si dibujabas bien. Pero fue gracias a las enseñanzas del Señor Cano que llegué a considerar el dibujo, como lo sigo haciendo ahora, más si cabe, como algo primordial, vital y básico. La expresión más íntima, sincera, intuitiva y espontánea de manifestación artística. Pero para poder llegar a realizar un buen dibujo, pintura o cualquier otro tipo de manifestación artística, considero de gran importancia haber pasado por esta “barra” de ejercicios, de estudio riguroso del natural, de conocimiento del espacio y del color, de las diferentes técnicas y materiales; en definitiva, de la tradición. Así, en nuestro aprendizaje y en nuestra posterior trayectoria, como en nuestra formación personal, fue vital haber podido contar con este maestro acuarelista que fue D. José Luis Cano Peñarroya, que hizo escuela y que a todos, de alguna manera, y quizás sin él saberlo, tanto influyó.



Entre los siglos XV y XVI, Kano Masanobu y su hijo, Kano Motonobu, fundan la Escuela Kano, síntesis entre la pintura Sung y la pintura figurativa japonesa, que perduró como escuela oficial de Japón hasta el siglo XIX. Sin embargo, no tienen nada que ver con nosotros.

En 1601, nace en Granada Alonso Cano, arquitecto, pintor y escultor, cuya obra y genio siguen siendo muy recordados. El tío Joaquín trepó por nuestro árbol genealógico con la esperanza de confirmarnos un antepasado tan ilustre, pero se perdió cuando estaba llegando al siglo XVII.

Así pues, el fundador de esta saga es José Luis Cano Peñarroya (1920- 2000) a quién su hijo y su nieto dedicamos esta exposición.

José Luis Cano Peñarroya



Botaya. Ca. 1950. Acuarela. 24 x 33,5 cm.



Pinar. Ca. 1950-55. Acuarela. 23 x 32,5 cm.



Soto de Doña Sancha. Ca. 1953-55. Acuarela. 32 x 52 cm.

«Las acuarelas que he pintado del Pirineo Aragonés y de localidades turolenses las titulo «Acuarelas Testimoniales». Hay tanta belleza y tanta calidad en su arquitectura y en su ambiente que pinto lo que veo, y no hace falta más inspiración. El próximo siglo desaparecerán muchas de las bellezas actuales; algunos edificios o monumentos ya no están en pie. El progreso lo cambia todo.»

José Luis Cano Peñarroya



Espierba. 1979. Acuarela. 45,5 x 37,7 cm.



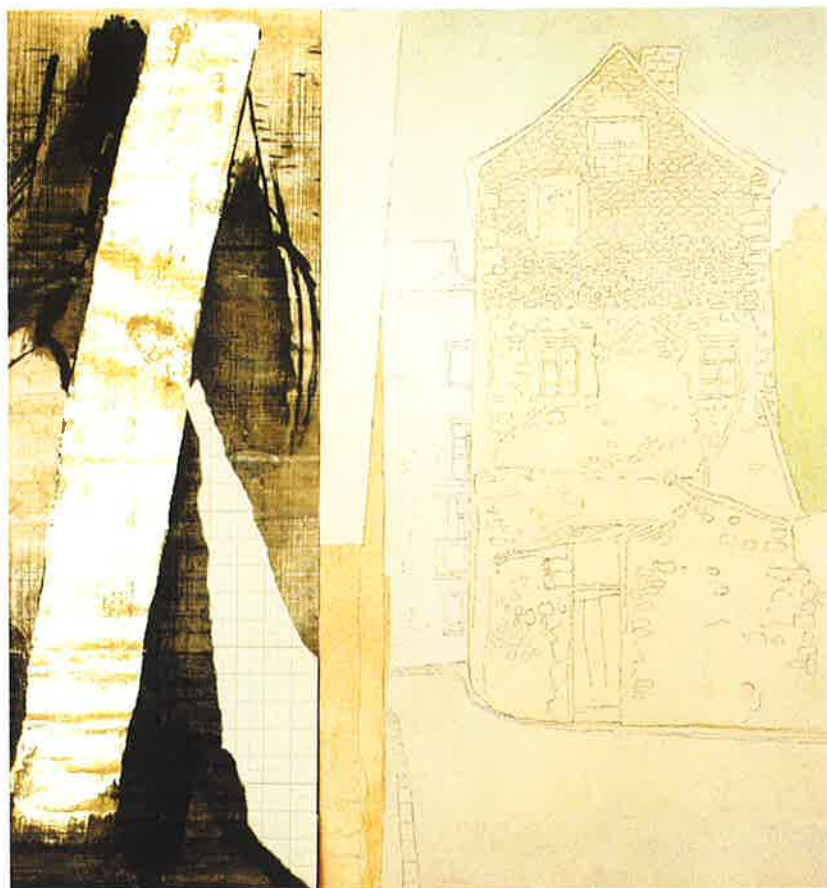
Iglesia de Sardas. 2000. Acuarela. 25 x 30 cm.,

José Luis Cano Rodríguez

A mi padre le gustaba la pintura “clásica”. Lo más moderno de la pintura “clásica” suele ser el boceto y el fragmento. Así que, en estos trabajos u homenajes, que de las dos formas puede y debe decirse, he partido de las acuarelas que dejó solamente esbozadas y de algunos retazos de mis dibujos para mantener un diálogo entre su trabajo y el mío, en busca de posibles e insospechados puntos de encuentro.

Es curioso. En muchos de ellos, mi intervención ha sido mínima y, sin embargo, pueden ir firmados por

José Luis Cano



La edad de oro. 2003. Técnica mixta. 32,5 x 30,4 cm.



Recalificado. 2003. Técnica mixta. 27 x 37,7 cm.



Consejos decimonónicos (I). 2003. Técnica mixta. 32,5 x 51,6 cm.



Collado/Collage. 2003. Técnica mixta. 25 x 53,7 cm.



Contexto/Textura. 2003. Técnica mixta. 29 x 43,7 cm.

Pablo Cano Lahoz

Mi abuelo decía que el progreso lo cambia todo.
Yo, aún diría más: el progreso lo cambia todo.



Secuencia de la animación “El Soto de Doña Sancha 2”. 2003. Vídeo. 1540 x 1152 píxels.









Tres generaciones viviendo del arte en Zaragoza

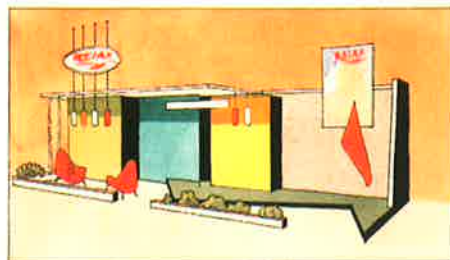
1920. José Luis Cano Peñarroya nace en Zaragoza, hijo de Agustín y Joaquina. Estudia dibujo artístico –unos días– en la Escuela de Artes y solfeo y violín –unos años– en el Conservatorio de Música. Amante de la naturaleza y entusiasta explorador (ahora, boy-scout), se inicia en la acuarela de forma autodidacta aprovechando sus excursiones y veraneos. El 18 de julio de **1936** le pilla de acampada en Ordesa, pero esa es otra historia. Colabora como ilustrador en alguna revista local y hace amistad con los dibujantes (ahora diseñadores) Bayo-Marín y Luis Mata. **1940.** Comienza a colaborar esporádicamente en la Feria de Muestras de Zaragoza. **1948.** José Luis Cano Rodríguez nace en Zaragoza, hijo de José Luis y Carmen. A principios de los 50, Cano Peñarroya, que en la posguerra había trabajado como oficinista,

decide dedicarse a la decoración (ahora, interiorismo) como profesional independiente (ahora, free lance).

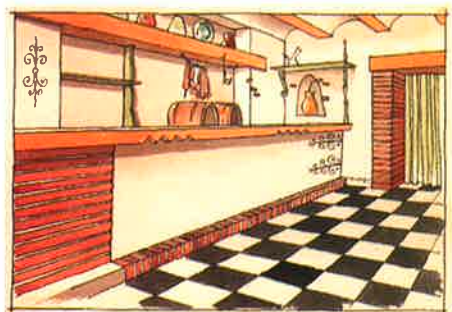
1954. Gana una Medalla en el XII Salón de Aristas Aragoneses, en la especialidad de Acuarela. Durante las

décadas de los 50 y 60 realiza multitud de viviendas y locales comerciales, entre los que podemos destacar: Finanzauto y Servicios, en la Plaza del Pilar; Sastrería Biendi, en Tte. Cnel. Valenzuela; Papelería





Sabater, en Don Jaime; Fajas Lapeña, en Alfonso I; Folios, en Mola (ahora, Sagasta); Joyería Araus, en Plaza de Sas; Fábricas Lucia, en Hernán Cortés; La Nicanora, en San Clemente; Ucedo, en Alfonso I; Casa Mas, en San Miguel; oficinas de CAITASA; oficinas de Fundiciones Montañés; remodelación del cine



Goya de Caspe... En las Ferias de Zaragoza, Barcelona, Bilbao, Madrid, Valencia, etc., monta stands para Pilas Tudor, Arcas Soler, Izuzquiza, Chocolates Hueso, Bardavío, Finanzauto y Servicios, Riegos por aspersión TIMSA, Colchones Relax... Realiza, además, otro tipo de trabajos propios de aquella época: diplomas miniados sobre pergamino o vitela, diseño de sagrario para la Catedral de Soria, mural de tema equino para la Base Americana...



1962. Cano Rodríguez empieza a trabajar con Cano Peñarroya, quién intenta enseñarle la técnica de la acuarela sin conseguirlo. Durante algunos años, Cano Peñarroya abandona la pintura. **1965.** Cano Rodríguez estudia dibujo en la Escuela de Artes, pintura en el estudio de Jesús Rabadán y Bellas Artes en la Universidad de Barcelona como alumno libre. Durante estos años, la familia Cano asume la rotulación de varios pabellones completos de la Feria de





preocupado por la proliferación de clientes morosos (a destacar la asociación de 16 fabricantes de zapatos que le encarga un stand para la Feria de Elda), decide abrir estudio, dedicarse a la enseñanza y retomar la pintura. En los primeros años colabora con él Cano Rodríguez que, al



autonomía. 1976. Pablo Cano Lahoz nace en Zaragoza, hijo de José Luis y Carmen. 1979. Se disuelve el (CPZ). Cano Rodríguez continúa haciendo trabajos de diseño gráfico e ilus-

Muestras de Zaragoza. 1969. Cano Rodríguez termina Bellas Artes, descarga un camión de sillas de la Caridad y gana la Medalla de Oro de Pintura en el Certamen Juvenil Nacional. 1970. Realiza su primera exposición en la Sala Bayeu de Zaragoza con Jesús Moreno. A principio de los 70, Cano Peñarroya,



mismo tiempo (1971), entra en la Escuela de Artes como profesor de dibujo. 1972. Cano Rodríguez se integra en el Grupo Azuda, con Baqué, Bayo, Blanco, Dolader, Fortún, Giralt y Lasala, y participa en sus actividades durante seis o siete meses. 1975. Cano Rodríguez funda con Abraín, Enciso, Estella, Larroy, Orduna, Salavera, Tomás y Viejo, el Colectivo Plástico de Zaragoza (CPZ) que realiza trabajos propios de su época: carteles por la libertad, pegatinas por la amnistía y pintadas por la





Latirtegui, Lina Vila, Juan Baldellou, Carmen Marcuello, Charo del Campo... 1985. Cano Rodríguez diseña las colecciones de «Prensas Universitarias de Zaragoza». 1989. Cano Peñarroya cierra el estudio de la calle Estébanes y se traslada a Zuera, donde abre nuevo estudio. Cano Rodríguez colabora en el Periódico de Aragón con una viñeta diaria y varias ilustraciones semanales. Ilustra textos de Antón Castro. 1990. Pinta los murales del Torreón de Fortea. Trabaja para el Ballet de Zaragoza. 1991. Cano Rodríguez pide la excedencia en



tración por su cuenta. 1981. Empieza a colaborar en «El Día de Aragón» con una viñeta diaria. 1984. Pinta el friso del Salón de actos del Museo Pablo Gargallo. Por el estudio de Cano Peñarroya van pasando, entre otros muchos alumnos y en etapas sucesivas, Katia Acín, Roberto Corominas, Aurora Charlo, Ana González

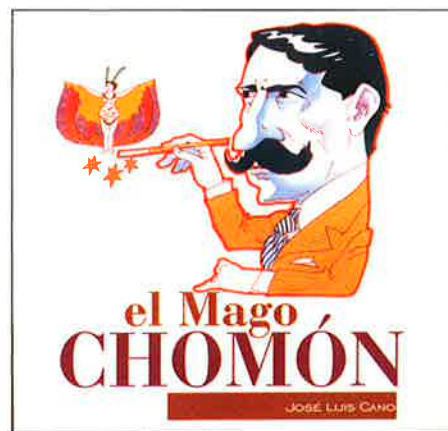
la Escuela de Artes y abandona la enseñanza. 1992. Entra como colaborador en Heraldo de Aragón. 1993-94. Cano Rodríguez realiza los carteles para la Plaza de Toros de Zaragoza. 1995.



EL SOMBRERO



Pablo Cano
Ilustraciones de José Luis Cano



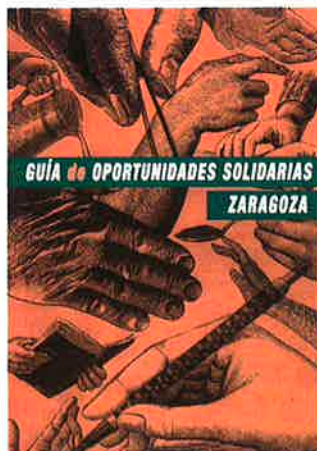
Cano Rodríguez ilustra, para Editorial Xordica, «El sombrero», cuyo texto le había dictado Cano Lahoz en 1979. 1996. Cano Rodríguez compra su primer ordenador. Cano Lahoz decide hacerse autodidacta y aprender los más recónditos programas informáticos de diseño, maquetación y tratamiento de imágenes. Cano Rodríguez inicia una serie de libricos sobre personajes aragoneses con Xordica e Ibercaja: El gran Conde de Aranda; Marcial, el travieso; Sender y sus criaturas; María Moliner y su diccionario... 1998. Cano Lahoz hace sus primeros trabajos de diseño gráfico. Diseña la identidad corporativa para la empresa de aceites «Ecostean». 1999. Cano Peñarroya cierra el estudio de Zuera, vuelve a Zaragoza y se jubila. Puede dedicarse, por fin, a pintar sin más complicaciones. 2000. Cano Lahoz realiza su primera exposición en la Sala Barbasán de Zaragoza. Realiza la colección de mapas de las comarcas de Aragón

O
N
C
O
P
A
B
L
O





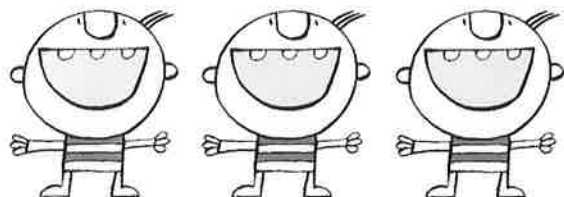
para Heraldo de Aragón y la cubierta de la «Colección Territorio» para el Gobierno de Aragón. Diseña y maqueta la «Guía del voluntariado» para el Ayuntamiento de Zaragoza, la revista «La Calle» para la Federación de Barrios, la revista de «Poesía en el Campus» para la Universidad de Zaragoza, en su nueva etapa, y colabora como ilustrador en otras publicaciones. Diseña las portadas de la revista «Suma» para la Federación Española de Profesores de Matemáticas. Actualmente prepara la imagen corporativa del «V Congreso nacional y VI europeo sobre trastornos de la personalidad».



Del 8 al 11 de septiembre de 2000, Cano Peñarroya realiza su primera exposición individual en el Ayuntamiento de Peñarroya de Tastavins. Tres días más tarde, los 3 Canos celebran su primera exposición conjunta en «O Convent» de La Fresneda. En diciembre de ese mismo año, fallece, a la edad de 80 años, José Luis Cano Peñarroya. 2001. Como dijo el filósofo, la vida es corta; el arte, largo: Se celebra una segunda



exposición de los 3 Canos en Sabiñánigo. 2002. Cano Rodríguez y Cano Lahoz realizan una página infantil semanal, «Juega y Aprende» (Ocurrencio, para los amigos), en el «Hoy domingo» de Heraldo de Aragón. Cano Lahoz obtiene el Primer premio en el Certamen Internacional Biol en Cittá di Andria (Italia) por el diseño de la etiqueta del aceite «Cuarcos de Otto» de Ecostean. Estudia música (sigue siendo autodidacta). Cano Rodríguez recibe la Medalla de Santa Isabel de Aragón, Reina de Portugal, de la Diputación de Zaragoza, por toda su carrera profesional. Cano Rodríguez y Cano Lahoz forman una sociedad civil denominada 2canos s. c. 2003. «Fábulas» de Miguel Agustín Príncipe, editado por las PUZ y diseñado e ilustrado por Cano Rodríguez, recibe el Premio de la AEUE a la mejor monografía editada este año en las universidades españolas. Tercera exposición de los 3 Canos en el Palacio Montemuzo del Ayuntamiento de Zaragoza.



(continuará)

EXPOSICIÓN

Promueve y patrocina
Ayuntamiento de Zaragoza
Área de Cultura y Turismo

Organiza
Servicio de Cultura
Unidad de Museos y Exposiciones

Título
3canos

Espacio
Palacio de Montemuzo

Período
7 octubre – 23 noviembre 2003

CATÁLOGO

Edita
Ayuntamiento de Zaragoza
Área de Cultura y Turismo
Servicio de Cultura

Textos
Juan Alberto Belloch Julbe
Rosa Borraz Pallarés
Enrique Larroy Zubero
Lina Vila García
José Luis Cano Peñarroya
José Luis Cano Rodríguez
Pablo Cano Lahoz

Fotografías
Lida Henn Serrano

Impresión
Gráficas Mola

ISBN
84-8069-331-2
Depósito Legal
Z-2568-03

Este catálogo
editado con motivo de la exposición

3canos

se acabó de imprimir
en los talleres de Gráficas Mola
de Zaragoza
el día 21 de septiembre de 2003,
festividad de San Pánfilo

